

## Capítulo 3

# Brasil un modelo de desarrollo basado en el trinomio estabilidad, crecimiento e inclusión social

Por Paulo Cesar de Oliveira Campos  
*Embajador de Brasil en España*

En 1995, año en que Fernando Henrique Cardoso asumió la Presidencia de la República, el total de las inversiones españolas en Brasil era de cerca de 250 millones de dólares, lo que correspondía al 0,6% de los casi 42.000 millones de inversiones extranjeras directas (IED) en Brasil.

El Brasil de aquella época —que la que nos separan tan sólo 18 años— era muy diferente del actual. El Plan Real estaba entonces en sus primeros momentos, y no dejábamos de albergar dudas sobre si conseguiríamos, por fin, controlar la inflación que nos afligía desde los albores de nuestra historia. La moneda nacional era todavía frágil y se encontraba sujeta a ataques especulativos, teníamos una enorme deuda externa, no había Ley de Responsabilidad Fiscal ni control estricto sobre las cuentas públicas prevalecía la equivocada noción de que lo primero era hacer que la economía creciese para proceder después distribuir la renta.

Pues ése fue el país por el que apostaron las corporaciones españolas, cuyo descubrimiento efectivo del Brasil data exactamente de la segunda mitad de los años 90 del siglo pasado, con la participación de Telefónica en el proceso de privatización del sistema de telecomunicaciones brasileño y la compra del Banco Noroeste y del Banespa (Banco do Estado de Sao Paulo) por parte del Banco Santander. Una apuesta sabia, como podremos ver a continuación.

De acuerdo con el Censo de Capitales realizado por el Banco Central del Brasil, el stock de IED en 2010 era de casi 580.000 millones de dólares. Un impresionante crecimiento del 2.000%, que empalidece, sin embargo, cuando lo comparamos con la parte de ese total que correspondía a las empresas españolas: 85.300 millones de dólares, un 14,72% del total.

No existe una fórmula mágica para explicar el éxito del Brasil y la creciente atracción que el Brasil ejerce sobre las empresas extranjeras y, más concretamente, sobre las españolas. Cabría, en un principio, destacar la estabilidad política y la seguridad

jurídica que emanan de una democracia pujante, de instituciones sólidas, y de la transparencia y la constancia de la actuación gubernamental. Si entre 1994 y 2002 Brasil sentó las bases para el control de la inflación y de las cuentas públicas, a partir de 2003, durante los Gobiernos de Luiz Inácio Lula da Silva y de Dilma Rousseff, adoptó un modelo de desarrollo basado en el trinomio estabilidad, crecimiento e inclusión social. Superamos la visión incorrecta que contraponen, por un lado, las medidas de incentivo al crecimiento y, por otro, los planes de austeridad.

El sistema de objetivos anuales de inflación adoptado por Brasil en 1999 y que dirige el trabajo del Banco Central se ha cumplido con éxito: en los últimos ocho años los índices logrados se mantuvieron dentro de los márgenes preestablecidos.

El control estricto del gasto público está permitiendo que el Gobierno logre, año tras año, superávits primarios, lo que se traduce en una constante disminución de la deuda pública neta como porcentaje del PIB, que en 2012 se situará en el 35%, y en la transformación de Brasil en acreedor internacional neto —algo impensable hasta hace pocos años para un país que ya nació bajo la sobrecarga de una pesada deuda externa.

Esos dos hechos, unidos a una moneda estable y confiable (amparada por reservas internacionales de más de 350.000 millones de dólares), crearon las condiciones previas para que el Banco Central pudiese reducir las tasas de interés brasileñas, cuyo elevado índice (que supone un alto coste de financiación) ha sido siempre uno de los grandes obstáculos para el desarrollo de la economía nacional. En apenas un año, Brasil pudo bajar la tasa de interés básica de su economía en cinco puntos porcentuales, de modo seguro y sostenible. En octubre de 2012 se llegó a una tasa de interés real anual en torno al 2%, el más bajo escalón que nunca habíamos logrado.

En 2012, el crédito bancario superó la histórica marca del 50% del PIB, lo que es mucho si lo comparamos con el 25% de la economía de hace una década. Todavía poco, no obstante, si lo cotejamos con el peso que tiene en otros países desarrollados o incluso emergentes.

Si varios de los índices que hemos citados son inéditos en la historia brasileña, las altas tasas de crecimiento económico que ahora experimentamos no lo son. Brasil vivió diversos brotes de desarrollo a lo largo del siglo XX. Tampoco carecen de precedente histórico la sexta/séptima posición que ocupamos en la lista de las mayores economías del mundo o la tasa de desempleo en torno al 5%. La convicción de que, esta vez, será posible que ese crecimiento sea sostenible proviene de los buenos fundamentos macroeconómicos del país y, principalmente, de la mejora en la distribución de la renta propiciada por las políticas sociales llevadas a cabo por el Gobierno federal.

Además de rescatar la secular deuda de Brasil para con sus clases menos favorecidas, esa política tiene el mérito de generar un mercado consumidor de masas en permanente expansión: en sólo seis años, entre 2005 y 2011, 40 millones de brasileños superaron los límites de la pobreza y pasaron a formar parte de una clase media que supone ya más del 50% de la población total del País, cuando en 2004 suponían el 38% de la población.

Para obtener ese resultado, el Gobierno garantizó el progresivo aumento del salario mínimo (con corrección anual de la inflación y aumento real basado en la tasa de crecimiento de la economía) y utilizó diversos mecanismos sociales innovadores, como los programas de complemento de la renta *Bolsa Família* (del que se benefician casi 14 millones de familias), *Brasil sem Miséria* y *Brasil Carinhoso*, el programa de vivienda popular *Minha Casa Minha Vida* y los programas de infraestructura social *Luz para Todos* y *Água para Todos*.

La solidez de la economía brasileña se está comprobando durante la crisis que, desde 2009, atenaza la economía mundial desde 2009. Hemos sido de los últimos países en entrar y de los primeros en salir. Si nuestro PIB declinó un 0,3% en 2009, aumentó un 7,5% al año siguiente. Crecimiento éste que se mantuvo, aunque en tasas inferiores, en los años siguientes, fruto de la actuación anticíclica del Gobierno, por medio de medidas de incentivo al consumo, de inversiones públicas directas y de una política de concesión de crédito a empresas y consumidores finales por parte de los bancos públicos (BNDES, Banco do Brasil y Caixa Econômica Federal), incluso en los momentos más agudos de falta de liquidez en el mercado financiero internacional.

Brasil ha llevado también acciones efectivas para que el tipo de cambio de nuestra divisa, artificialmente valorizado por las políticas de ciertos países, deje de ser un obstáculo para la producción nacional y para las exportaciones.

Las grandes corporaciones españolas que invirtieron en Brasil y que dan su testimonio en este libro vivieron los cambios que hemos apuntado y se beneficiaron de sus resultados. Y también conocen, con detalle, el trabajo que todavía tenemos por delante.

Brasil sigue teniendo importantes déficits en infraestructuras de transportes (puertos, aeropuertos, red de carreteras, ferrocarriles, trenes de alta velocidad), en vivienda, en generación y transmisión de energía, en saneamiento básico y manejo de aguas, en educación e investigación. Tenemos, además, que hacer viable la explotación de las importantes reservas de combustibles fósiles descubiertas en nuestra costa. Para hacer frente a esos retos, el Gobierno Federal de Brasil desea la participación de empresas privadas, ya sea por medio de Colaboraciones Público-Privadas, ya por medio de otorgamientos y concesiones, dentro de un marco institucional sólido, integrado por Ministerios, Secretarías de Gobierno, agencias reguladoras y empresas públicas, como la recién creada Empresa de Planeamiento y Logística (EPL).

En todos los sectores que hemos citado, las compañías españolas cuentan con reconocida experiencia. Muchas están ya actuando en Brasil e incluso en las áreas a que nos hemos referido. Otras están llegando. El desafío, ahora, es generar nuevas colaboraciones entre pequeñas y medianas empresas, en ambos lados del Atlántico. Tenemos, a mayor abundamiento, que encontrar medios para estimular y diversificar los flujos comerciales, que todavía están muy por debajo del comportamiento de las inversiones.

Es importante resaltar que la relación entre España y Brasil en el ámbito de las inversiones, del comercio y de los contactos empresariales forma parte de una Colaboración Estratégica recientemente renovada.

En 2012 hemos recibido las visitas de Su Majestad el Rey Don Juan Carlos y del Presidente Mariano Rajoy al Brasil. Antes de finalizar el año, la Presidenta Dilma Rousseff vino a España. Ese intercambio de visitas es una clara demostración del deseo compartido de avanzar en diversos proyectos de interés mutuo para los empresarios españoles y brasileños. Cito, únicamente a título de ejemplo, el ya impactante intercambio de estudiantes e investigadores en ciencia y tecnología. Y menciono, además, el demostrado propósito de avanzar en temas consulares que faciliten el tránsito de personas.

Estoy seguro de que el nuevo impulso dado a las relaciones bilaterales permitirá profundizar en muchos de los problemas y dificultades ya abordados por las empresas españolas durante los eventos de presentación de la primera edición de este volumen. Y, naturalmente, contribuirán a ayudar en asuntos que todavía desconozco y que figurarán en la actual edición.

Lo importante es que este libro sirva como registro y compendio de una exitosa colaboración y que contribuya a reforzar los lazos mutuamente benéficos que unen a España con Brasil.